

GRIMAL, P., *Marco Aurelio*, México-Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1997, 349 págs.

El emperador ensimismado

Cuando un personaje es de veras complejo, como Marco Aurelio (121-180 d.C.), no resulta fácil escribir su biografía sin escoramientos ni simplificaciones. Varios hombres pueden coexistir y hasta enfrentarse dentro del hombre público, confundiéndonos con sus amagos y sus rastros cruzados, con sus desdoblamientos y contradicciones. Las dificultades pueden acrecentarse si el personaje decide proyectarse en la escritura, cualquiera que sea su forma: literatura, filosofía, historia, memorialismo, epistolarios, etcétera. No siempre sucede así, ni debemos esperar que suceda así, pero si la persona logra a la postre imprimir una cierta coherencia a su vida, el biógrafo deberá recoger sin desenfoques el conjunto de su personalidad bajo esa unidad de significado.

Aun siendo una obra estimable, y sin duda digna de leerse, no creemos que el libro de Pierre Grimal (1912-1996) constituya el mejor retrato de los publicados —no supera a nuestro juicio al de A. Birley, *Marcus Aurelius* (Londres 1966)—, ni contiene la riqueza del trabajo compilatorio de R. Klein (Hrsg.), *Marc Aurel* (Darmstadt 1979), ni por tanto pensamos que llegue a hacer época en la historiografía del llamado emperador filósofo (161-180 d.C.). Esta biografía reúne gran parte de los materiales necesarios, contiene muchas de las ideas fundamentales, y el autor tiene oficio suficiente para realizar su tarea, pero, a nuestro juicio, faltan al estudio la idea directriz acertada y el sentido del equilibrio en el tratamiento de los temas: Marco Aurelio, hombre espiritual, quizá podría subtitularse el estudio que nos ocupa.

La "Introducción" es un comentario general sobre las fuentes del periodo, aceptable en lo tocante a las literarias y hasta numismáticas, pero que pasa muy de puntillas sobre la epigrafía y hace agua al referirse a los monumentos del reinado —buen adelanto de la orientación anicónica de esta biografía, sin estudios iconográficos ni ilustraciones—; fiel en cualquier caso a su planteamiento, consigue dar una idea del papel de la filosofía griega en Roma desde los tiempos de Cicerón: sus complicadas relaciones con el poder político, hasta alcanzar un momento dulce en el siglo de los Antoninos, sobre todo la Estoa, como corriente en cierto modo ya oficializada. He ahí planteado, en gran medida, el tema del libro, que sin embargo se hubiese beneficiado de tomar como punto de partida un estado de la cuestión que Grimal recoge en la bibliografía final, pero que no tiene en cuenta en ningún momento: el de G. R. Stanton, *Marcus Aurelius, L. Verus, and Commodus: 1962-1972* (ANRW II,2, Berlín 1975, pp. 478-549). "El niño que nace...", y "La educación de un príncipe" nos llevan por los ambientes de la infancia y juventud, dentro de esa "misma aristocracia provincial española que ya había dado a Trajano y Adriano al imperio", merced a recomendaciones y pactos de familia, hasta la adopción imperial, según norma en la dinastía antonina (96-192 d.C.); también los preceptores y maestros, los itinerarios de una educación humanística, bilingüe, con la retórica latina inculcada por Frontón, su correspondiente epistolar, y la filosofía griega del Pórtico, abrazada como una especie de sacerdocio interior en el umbral de la adolescencia; y todo ello sin perjuicio de los ejercicios propios de la aristocracia: caza y equitación. Las dos secuencias posteriores pretenden ser panorámicas: "El imperio durante el reinado de Antonino Pío" (138-161 d.C.) se demora en la semblanza del predecesor y hace un rápido repaso a la situación en las fronteras, pero faltan tantas cosas que se haría cansado el esfuerzo de enumerarlas, por ejemplo: la práctica de gobierno bajo los Antoninos (alguna vez se menciona de pasada el *consilium principis*), la estructura de la sociedad y el ejército, la evolución del mundo provincial, el culto al emperador, la imagen del príncipe en la cultura epigráfica del imperio, etcétera. Por contra, se hace espacio a "El imperio de los sofistas", o sea, la helenización de Roma por obra de rétores y filósofos, aunque brillen por su ausencia las artes y las fuentes arqueológicas, por ejemplo, las *villae* y sus ambientes.

A decir verdad, el autor sólo nos introduce en el reinado de Marco con los dos capítulos centrales: "Los deberes de un príncipe I/II" (apenas 100 páginas en un libro de casi 350), es decir, la política exterior contra partos y germanos, y la tarea legislativa, de cuyo espíritu Grimal consigue darnos una idea bastante lograda a través de la casuística comentada, con algunas alusiones a perfiles jurisprudenciales tan eminentes como los de Salvio Juliano y Volusio Meciano (para una información más satisfactoria, cfr. W. Kunkel, *Herkunft und soziale Stellung der römischen Juristen*, Graz-Wien-Köln 1967, pp. 213-214, obra que ni se cita). Otra cuestión es hasta qué punto el capítulo consigue dar una visión coherente de la política social y la cultura jurídica de la época: cuando no se sabe derecho, se acaba siempre hablando de la filosofía del derecho —o de cualquier otro sucedáneo, como la sociología del derecho—, y en este sentido no dejan de ser elocuentes datos como la tímida alusión a una figura con el *cursus* y la *doctrina* del gran Juliano (el codificador del *edictum perpetuum*), o como el hecho de que ni Gayo ni sus *Instituciones* sean mencionados, o que ni por asomo se expliquen las instituciones del derecho romano. Cuando el autor se insinúa, es para manifestar una apresurada, confusa y más que insuficiente relación de las fuentes del derecho clásico (pp. 214, 219), sin la más mínima explicación de las relaciones jerárquicas entre, y el papel de, el emperador, la cancillería imperial, el *consilium principis*, el senado, los jurisconsultos, los magistrados, los entes locales y municipales, etcétera (con la tortura añadida de tener que leer una y otra vez "descripto" por "rescripto" en esta versión española, lo que nos recuerda a otra famosa traducción en un conocido libro sobre el hombre romano, la de "edicto pretoriano" por "edicto pretorio", versión que en el mundo de habla hispana convierte de un plumazo a la guardia pretoriana en eminente órgano jurisprudencial, además de fuente de derecho).

Esos capítulos centrales representan, en cualquier caso, una secuencia rápida de exteriores, porque el libro vuelve en seguida por sus fueros, es decir, a los interiores y claroscuros del personaje, para recrearse en ellos: "La intimidad", de nuevo el tema familiar, con Faustina, las hijas y los yernos cuidadosamente escogidos, y el gran y probablemente inevitable error llamado Cómodo, hijo y príncipe heredero; "El libro de las *Meditaciones*", o las entretelas del alma aureliana, con exégesis valiosas, algunas de las cuales encajarían

mejor en apéndices finales; un *tempo* lento, en fin, que se prolonga en el capítulo final, "Marco y lo divino", análisis de la espiritualidad de nuestro protagonista.

Familia, intimismo, religiosidad, ambientes intelectuales, literatura de consolación, paisajes del alma, *personalia*... Grimal es un maestro consumado cuando nos recrea el perfil de un hombre en conversación con los difuntos, con sus correspondientes y maestros, con los dioses y, al final de sus días, consigo mismo en los *Soliloquios*; un hombre se diría que ensimismado en los temas estoicos de la humanidad doliente, la razón universal, la justicia divina, la eternidad de Roma, las virtudes cardinales, etcétera. La perspectiva de buena parte de las fuentes es responsable de este escorzo, pero la obligación del biógrafo debe ser la de corregir la imagen estilizada y algo convencional de la tradición manuscrita, hasta restituírnos, o al menos sugerírnos, el perfil entero y verdadero de un César que, antes que escritor o filósofo, fue gobernante y soldado.

Como por lo demás señala bien el autor, Marco fue todo un modelo de romanismo: en el respeto a las instituciones, por ejemplo, al otro Augusto (Lucio Vero), al Senado, al orden ecuestre; en su modelo de sociedad: *honestiores* y *humiliores* —pero cuánto de qué hablar a propósito del dualismo naciente—; en política exterior, que no quiso ser abandonista; en los programas iconográficos y monumentos del reinado, asociados a una "cultura epigráfica" muy cuidada, y para cuya apreciación hubiese estado bien partir de líneas de investigación como las de Alföldy o Zanker; en su voluntad de arcaísmo, ritual y literario, bien explicado por el autor, por no hablar de las persecuciones contra los cristianos: Grimal hace aquí amago de justificar a Marco —¿por qué?—, descargando las responsabilidades sobre sus subordinados, aunque a la postre haya de rendirse a la evidencia. Al fin y al cabo, este César escribió sus *Meditaciones* sólo "para sí mismo", como si de un legado intrascendente se tratasen, por lo que jamás hubiese aprobado que lo juzgásemos por ellas; al fin y al cabo, este César fue a contraer la peste en un campamento del *limes* germánico combatiendo contra los bárbaros —"la vida se asemeja más a la lucha que a la danza", anotó en ese diario íntimo—, no impartiendo clases de filosofía ni de retórica.

Muy distinta valoración de las fuentes sobre este emperador es la que hacen otros dos especialistas franceses del alto imperio y reco-

nocidos epigrafistas, Joël Le Gall y Marcel Le Glay. A nuestro juicio, pecan por el extremo opuesto al de Grimal, pero merece la pena tener en cuenta su punto de vista para ver cómo se escribe la historia dentro de un mismo país dependiendo de la formación de cada cual: "Las cartas de Marco Cornelio Frontón a Marco Aurelio, su antiguo alumno, y a Antonino Pío no son sino chanzas amables, y los *Pensamientos* de Marco Aurelio, en griego, no dejan apenas entrever sino sus ideas íntimas y de filósofo, mas en modo alguno sus preocupaciones como hombre político y jefe de guerra. Los discursos de los rétores griegos, como Dión de Prusa..., Elio Arístides —sobre todo su *Panegírico de Roma*—, el *Viaje a Grecia* (...) de Pausanias; la *Geografía* de Tolomeo (...) y las obritas del sirio Luciano aportan más, pero siempre al conocimiento de las mentalidades y de ciertos aspectos de la vida cotidiana. Las *Instituciones* del jurista Gayo son una de las principales fuentes de nuestros conocimientos sobre el derecho civil romano" (*El imperio romano. El alto imperio desde la batalla de Actium, 31 a.C., hasta el asesinato de Severo Alejandro, 235 d.C.*, Madrid, 1995, pp. 346-347).

A fuerza de insistir en las interioridades y espiritualidad del emperador, es toda la esencia más romana de la historia de Roma, su nervio y su carácter, la que acaba por difuminarse en la semblanza de Grimal, como un telón de fondo sobre el que se representase el drama personal del biografiado. Una perspectiva ésta que resulta legítima en un novelista o un dramaturgo, pero no en el biógrafo del primer gobernante y soldado de Roma. Marco Aurelio no fue un filósofo de profesión, ni lo quiso ser, sino un aristócrata que eligió de buen grado convertirse en emperador. Si toda vida auténtica es la conciencia de un naufragio —él no habría tenido reparo en suscribir la afirmación de Ortega—, Roma fue la circunstancia fuerte que modeló su carácter, su tabla de salvación y su destino. Sin embargo, el caso es que esa Roma, sus *realia*, por decirlo en el lenguaje inteligible al latinista, no emergen con claridad por causa de la perspectiva adoptada. El pueblo de las calzadas y los acueductos, de los puentes y los primeros pantanos, de los baños públicos y los albañales; el pueblo de la lengua común y el derecho vehicular, de la administración y las legiones invencibles; aquel pueblo de pastores que se hizo campesino y más tarde perdió el miedo a la mar; de soldados, juristas e ingenieros, sobre todo, que no sintieron su condición de tales como obstáculo para amar las letras humanas de la

gran tradición, o para desarrollar un porfiado amor a los libros; aquella sociedad que sin duda contó con la mejor clase dirigente de todos los imperios. ¿Imperio de los sofistas? Sí, la filosofía fue entonces compañera del imperio, entre otras muchas y más apremiantes cosas. Después de todo, los romanos no estaban tan sobrados de tiempo como para ir prestando oídos al primer pico de oro tardo-helenístico que se asomase al foro dándose aires de intelectual, cualquiera de aquellos engraidos que, como escribió Antonio Tovar, “cogen y aprietan con sus manos por los tallos el ramo de rosas de la cultura antigua hasta marchitarle la frescura”.

Júzguese, si no, la benevolencia imperial durante el viaje por Asia Menor, ante comportamientos como el de Elio Arístides (p. 199); o ya antes la elegancia de Adriano y Antonino Pío con Polemón de Laodicea, verdaderamente patético (pp. 124-125). No se trataba tan sólo de piques e incompatibilidades intelectuales, que los había, como se plantea desde el análisis de Grimal sobre el enfrentamiento de Herodes Ático con los Quintilios (pp. 136 s.), sino también de conflictos sociales dentro de la élite, de ésta con el pueblo, de las ciudades griegas entre sí, y de las dos partes del imperio. En este sentido resulta típico del autor el análisis de la revuelta de Avidio Casio (pp. 188 s.), planteada como una cuestión de tintes dramáticos y personales, con atención al triángulo emocional que supuestamente habría creado Faustina, todo ello en fin ocasión y pretexto para insistir en los estados de ánimo y los pensamientos del emperador, para recrearse en la materia literaria de la rumorología; aunque parezca mentira, no hay intento de contextualización: apoyos en el ejército y prosopografía de los mandos revueltos, perfil de las ciudades y regiones adheridas e intereses en conflicto (Antioquía, Alejandría), personalidad del insurrecto (sus representaciones y propaganda), tendencias germinales del Oriente en el destino del imperio —los Severos no estaban tan lejos—, políticas de respuesta en el viaje de Marco por Oriente (Siria, Judea, Egipto), etcétera. Siempre había existido un fondo de viva admiración y mimetismo de lo griego —el *Graecia capta*¹ horaciano—, pero también incompatibilidad y repudio —los *hellenika hamartemata*—; la ambivalencia en la relación sostenida con rétores y filósofos se mantenía, por no hablar de franca incompreensión: “así, el emperador Trajano le hizo subir en Roma en el carro dorado sobre el que los césares formaban en los desfiles triunfales después de sus guerras y le decía, volviéndose con frecuencia hacia Dión: ‘Qué me dices, no lo entiendo, pero te amo como a mí mismo’ ” (Phil., VS, tr. M. C. Giner).

De todo ello puede obtenerse una buena visión en la obra de F. Gascó, *Ciudades griegas en conflicto* (Madrid 1990).

¿Imperio de los sofistas? Sí, y también de los juristas: según Mommsen, Gayo era un jurista provincial, y del Oriente exactamente. Puestos a mencionar profesiones vertebradoras del mundo romano, ahí están la amplia nómina y prosopografía de los jurisprudentes, configurando la nervatura fuerte del *ius*, y que apenas son considerados en la biografía que reseñamos, si es que son mencionados: Sex. Caecilius Africanus, Ulpus Marcellus, Papirius Iustus, Florentinus, Q. Cervidius Scaevola, Tarruntenus Paternus (Kunkel, op. cit., pp. 172-173, 216 s., 219 s.). Es típico de Grimal, por ejemplo, que Paterno aparezca como mero secretario de la correspondencia en latín, cuando en realidad debería ser presentado como jurista de gran relieve. El carácter cosmopolita del origen y reclutamiento de los jurisperitos se acentúa a partir de Marco Aurelio y Cómodo: "erst in dieser Periode gewinnt auch, soviel wir wissen, der Neubürger der griechischen Reichshälfte den Zugang zu den massgebenden Kreisen der stadtrömischen Jurisprudenz" (p. 311).

Por fortuna, esta vez no aparecen ni los jardines de Adonis, ni los lánguidos donceles, a pesar de lo cual a veces nos sentimos tentados a preguntar hasta qué punto ha sentado cátedra Yourcenar para el siglo de los Antoninos, si no ya antes los Renan, Romain, Proyard y compañía. Damos vueltas y más vueltas a los *Soliloquios*, aplicamos toda nuestra imaginación de estudiosos y editores a la filigrana de la exégesis, los sobamos un poco: que si estratos de composición, que si fecha de autoría, que si esta o la otra fuente de inspiración, que si tal o cual dato biográfico metido en los repliegues de la escritura –las preguntas de siempre–; y a lo mejor se nos escapan otras series de información que merecerían mayor realce. Ya hemos aludido a las obras públicas y a los monumentos conmemorativos, a los programas iconográficos, al culto imperial en aumento, incluso al ritmo de la vida diaria del príncipe que se vislumbra en el epistolario de Frontón (ni una sola vez aparece el tema de la *villa* aristocrática y sus ambientes, ni una mínima recreación de la microhistoria municipal sobre la que tanto se proyecta la figura de un emperador). Están además las inscripciones, toda una "cultura epigráfica". La edición de un epígrafe con la firma de H.-G. Pflaum nos evocaba hace años una escena que no

vemos en este libro, pero que debió de ser impresionante, tan fuerte y tan real como la propia Roma, y precisamente relativa a la vida de Marco, gobernante, soldado y filósofo. Era la de un *imperator* que, ante el ejército de Germania formado con uniforme de parada, hacía el elogio público de Marco Valerio Maximiano, de la *virtus* de aquel oficial que en las guerras danubianas había matado con sus propias manos al caudillo de los naristas, Valaón: *quod manu sua duces Naristarum Valaonem interemisset* (*Les carrières procuratoriennes équestres sous le Haut-Empire romain*, Paris, 1960-1961, I, pp. 476 s., no. 181 bis).

Meditemos, sí; meditemos también sobre estos otros renglones de la ética aureliana.

Víctor ALONSO